

Hasta hace unos días sólo era conocido en el mundillo lite-

rario como poeta. Un poeta profundamente lírico, pero sólo poeta. Ahora, desde hace unos pocos meses, José Lupiáñez, además de poeta, también es narrador. Un narrador vocacional e imprescindible en el panorama literario granadino. Así lo acredita y rubrica su primer libro de relatos, 'El chico de la estrella',

recientemente publicado por Port Royal en una edición impecable y ya en todas las librerías de la ciudad.

Integran el libro seis relatos y un epílogo firmado por Antonio Enrique. Los seis relatos se hallan anclados en el tiempo más propicio a la ensoñación y la aventura –la infancia y la adolescencia del propio escritor–, que Lupiáñez ha sabido recrear con un arte narrativo y una penetración psicológica pocas veces lograda. Hay páginas que nos hacen recordar a los grandes maestros del siglo pasado.

Sin embargo no son los temas de cada uno de estos relatos –los peces y unos niños, un maestro de primaria que se suicida, el terrible castigo que inflige un padre a su hijo, las verrugas que afean la mano de una niña, la obsesión de una mujer de cierta edad por la muerte o el amor que inspira una chica provocadora y pizpireta en un adolescente–, lo que más nos seduce de este libro, sino el arte con el que el autor nos cuenta todo esto. Lupiáñez repite en este libro el mito del rey Midas y transforma en materia literaria cuanto toca. Lo que en otras manos no hubiese pasado de simple suceso de periódico o anécdota más o menos interesante se convierte en sus manos en inconfundible obra de arte. Seis pequeñas obras de arte para deleite del lector.

Dos notas muy importantes ayudan a tal culminación de esta colección de relatos: el toque social –muy marca-

El chico de la estrella

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO

do en la última narración de este libro, ubicada en un barrio marginal de una ciudad de provincias– y la constante alusión histórica que inmediatamente sitúa al lector en un tiempo aún no demasiado lejano: el que va de la década cincuenta del pasado siglo a las postrimerías del franquismo. Años de cine, campañas del Domund, No-Do, planes de desarrollo, congresos eucarísticos, fútbol, toros y cantantes de

moda que, entonces como ahora, cumplían su consabida misión de opio del pueblo. También, en el caso del autor de estos relatos, años de iniciación a la vida, al amor y a las primeras decepciones. Todo contado con sencillez, amenidad, aquí, allá y acullá, salpicado de humor y –nota muy importante–, siempre ajeno a las modas del momento que, como ya sabemos, es flor que se abre hoy para morir mañana. Prueba de ello es que cada narración tiene la extensión que pide el relato, sin tener para nada en cuenta la moda de los microrelatos ni otras zarandajas parecidas. Sin embargo sí se da en estos relatos una nota muy acusada de modernidad que ya había aparecido en la literatura francesa mucho antes: los silencios narrativos. Valga de ejemplo el viaje de la protagonista del último relato a Barcelona. ¿Qué hace? ¿Qué ocurre? No sabemos nada y esta ignorancia es una invitación del autor a que nosotros también echemos a volar nuestra imaginación y pergeñemos la historia que se nos ocurra.

Juan Ramón Jiménez, uno de los poetas más importantes del pasado siglo, nos dejó esta aleccionadora frase sobre el arte de escribir: «Es en prosa donde se ve al verdadero escritor». Efectivamente, es en prosa donde se ve al verdadero Lupiáñez. Una prosa límpida, actual, muy matizada y adjetivada que, desde el comienzo al fin, seduce al lector.